

pronto pudieron los cristianos ejercer libremente su culto, erigieron muchas iglesias con la advocación de la Madre del Salvador: además de la de Efeso, que llevaba el nombre de la Madre de Dios, y en la cual, como queda dicho, se reunió el Concilio del año 431, consta que hacia la misma época la emperatriz Pulqueria mandó edificar dos en Constantinopla, también con la advocación de la Madre de Dios; que San Sabas levantó una en Jerusalén, y el Papa Liberio la de Santa María la Mayor en Roma.

Otro sí: en el siglo v, Juvenal, Obispo de Jerusalén, el cual no podía ignorar lo que aconteció en el Concilio de Efeso, por haber asistido á él, contesta á la emperatriz Pulqueria y al emperador Marciano, quienes le solicitaban reliquias de la Santísima Virgen, que su sepulcro se enseñaba vacío en Gethsemaní.

Policrates escribe una carta al Papa Víctor, en la cual enumera los privilegios de la iglesia de Efeso; ¿hubiera omitido, caso de estar cierto de ello, que la Santísima Virgen había terminado allí sus días?

La tradición más acreditada y por ende más aceptable, es que la Madre de Nuestro Señor Jesucristo murió en el monte Sión, y actualmente se enseña su sepulcro en el valle Josefát. Esta tradición es admitida por los griegos. Andrés, Arzobispo de Creta, que existía á últimos del siglo vii y principios del viii, es el más explícito, y dice: que la Virgen moraba en el monte Sión, donde se mostraba su casa convertida en iglesia; que allí murió en presencia de los Apóstoles y los discípulos de Jesús, siendo su cadáver llevado por los Apóstoles al valle de Gethsemaní que incorrupta resucitó y ascendió á los cielos, y que su sepulcro es venerado por todos los pueblos.

La opinión más generalizada es que la Santísima Virgen murió en Jerusalén, y lo que le da mayor importancia es que esta opinión la prohijan los orientales.

Junto á la casa de la Reina de los Angeles existía una pequeña capilla, en la que San Juan celebraba para ella los divinos misterios.

El sitio donde se cree que los judíos intentaron apoderarse de su cuerpo cuando los Apóstoles la llevaban al valle de Josefát, está hacia la ladera oriental del monte Sión, junto á la cueva donde San Pedro lloró su pecado; allí se había construido también una capillita. En el monte Sión, más que en ninguna otra parte, hay ruinas muy estimadas de los cristianos. «Las piedras de Sión, Señor, dice el Profeta Rey, agradaron á tus siervos, y tendrán misericordia de la tierra de Sión.» Los cuerpos de San Esteban, Gamaliel, Nicodemus y Abibas fueron trasladados á este monte, á la iglesia más antigua de Jerusalén, y luego á diferentes

puntos. Otros sepulcros más antiguos todavía existen en aquel monte, los de David y Salomón.

Por una pequeña puerta se pasa del Cenáculo al sepulcro de David, cuya entrada guardan cuidadosamente los turcos. De ordinario es la curiosidad la que empuja al peregrino á que visite estos lugares en otro tiempo inaccesibles; pero otro sentimiento más noble guía los pasos del cristiano ferviente, que quiere venerar la tumba del ilustre cantor de Sión, en aquel gran rey, cuyas proféticas miradas habían contemplado, mil años antes de su cumplimiento, todos los sufrimientos y todas las glorias de Cristo á quien llama su Señor y su Dios.

Este sepulcro, construído por Salomón, era sumamente magnífico, y en él allegó este monarca los tesoros que se llevó después Hircano, cuando Antíoco sitiaba á Jerusalén.

Refiere Josefo que noticioso Herodes de que el pontífice Hircano había encontrado respetables cantidades de dinero en este sepulcro, bajó de noche con algunos amigos para que el pueblo lo ignorase; pero que lejos de hallar las riquezas que buscaba, dió con varios ornamentos preciosos. Y añade aquel historiador, que habiendo Herodes seguido adelante hasta donde estaban los huesos de David y Salomón, perdió á dos de sus satélites, que fueron víctimas de dos rayos que cayeron de improviso sobre los temerarios. Herodes se retiró aterrizado, y para expiar su crimen, levantó un monumento de mármol á la entrada del sepulcro.

Benjamín de Tudela, historiador del siglo xii, refiere que quince años antes de su llegada á Palestina, habiéndose derrumbado una pared del monte Sión, los sacerdotes mandaron operarios para reconstruirla, y un día que permanecieron allá más que los otros, dos trabajadores alzaron una lápida que les abrió paso á un subterráneo, donde encontraron un palacio con mármóreas columnas, revestido de oro y plata.

El sepulcro de David, tal como está en la actualidad, se compone de dos cámaras; la una está labrada en la roca viva, y su entrada está prohibida á los mismos musulmanes; la otra no tiene sino un cenotafio de losas cubiertas de un verde tapiz. Ningún cristiano puede franquear su umbral sin quitarse antes el calzado, si bien no se necesita entrar por verse perfectamente á través de una ancha verja que le sirve de puerta.

Poseemos varios documentos relativos á esos sepulcros. Hablando San Pedro del profeta David á los judíos, les dijo: «Y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy.» Dióñ refiere que una parte del sepulcro de Salomón se desmoronó durante el imperio de Adriano. Dice

San Gerónimo, que este sepulcro era visitado por los cristianos de su tiempo, como se deduce de estas palabras que pone en boca de Santa Pulqueria y su hija : « ¡ Cuándo nos será permitido entrar en el sepulcro del Salvador y orar en el mausoleo de David ! »

He aquí lo que dice el P. Bassi sobre este lugar : « Tras de la pequeña iglesia del Cenáculo hay un salón de bóveda baja, en donde se muestran dos sepulcros como pertenecientes á David y Salomón. Que estos dos reyes fueron sepultados en este monte, es cosa cierta; que sus mausoleos duraron hasta la era cristiana, es también positivo, pero que su tumba esté precisamente allí en donde la muestran los turcos, cada cual es libre de creerlo ó dejarlo de creer. Para cumplir exactamente mi deber de historiador, debo añadir que bajo los dos sarcófagos de madera hay dos aberturas que van á parar á otras dos grutas subterráneas, cuyas puertas no se abren sino una sola vez al año, á fin de arrojar allí los presentes venidos de Constantinopla. Los santones que á ellas se acercan son poseídos de un sagrado horror y refieren los horribles castigos con que fueron heridos los que se atrevieron á violar la paz de estos sepulcros. Flavio Josefó y Benjamín de Toledo, se complacen en señalar maravillas acontecidas en tal ocasión, pero son fábulas que no merecen crédito. »

La tradición musulmana señala este lugar como sitio en que estuvo situado el panteón famoso, empezado por Salomón y continuado por sus sucesores los reyes de Judá á proporción que habían de ser en él depositados nuevos y regios sarcófagos. Quizás, si todavía tiene lugar la duda, podría desvanecerse, decimos con M. Guerin, si se alcanzase permiso para verificar excavaciones en el Cenáculo ó en sus inmediaciones.

Esto no obstante, algunos autores, y entre ellos M. de Saulcy, creen y afirman que el panteón de los reyes de Judá fué el renombrado Kobur-el-Moluk ó Kobur-es-Selathiu (sepulcros de los reyes ó sultanes), monumento fúnebre de extraordinaria magnificencia, que se encuentra en vasta excavación á unos setecientos setenta metros al Norte de la ciudad, saliendo por la puerta de Damasco y tomando el camino de Naplusa. Siempre admirado y repetidas veces descrito, los trabajos de su desmonte y limpia que en el año de 1863 dirigió M. Saulcy, permiten apreciarlo desde aquélla fecha, si no por completo, con mayor conocimiento de sus detalles y de sus bellezas, y siguiendo á aquel autor, vamos á dar del mismo una idea tal como en el día se ofrece á los ojos del viajero.

Bájase al Kobur-el-Moluk por una escalera de veintiséis peldaños



A. Seriniá, dib.

PANTEÓN DE LOS REYES

quien  
muestran como pert  
estos dos reyes fueron sepultados en  
sus mausoleos duraron hasta la era cristi  
que su tumba esté precisamente allí en donde  
cada cual es libre de creerlo ó dejarlo de creer. I  
mente mi deber de historiador, debo añadir que bajo la  
de madera hay dos aberturas que van á parar á otras  
terráneas, cuyas puertas no se abren sino una sola vez  
de arrojar allí los presentes venidos de Constantinopla. Los  
á ellas se acercan son poseídos de un sagrado horror y reb  
ribles castigos con que fueron heridos los que se atrevieron a  
la paz de estos sepulcros. Flavio Josefo y Benjamín de Toledo, se co  
cen en señalar maravillas acontecidas en tal ocasión, pero son fábulas  
no merecen crédito. »

La tradición musulmana señala este lugar como sitio en que estuvo  
situado el panteón famoso, empezado por Salomón y continuado por  
sus sucesores los reyes de Judá á proporción que habían de ser en él  
depositados nuevos y regios sarcófagos. Quizás, si todavía tiene lugar  
la duda, podría desvanecerse, decimos con M. Guerin, si se alcanzase  
permiso para verificar excavaciones en el Cenáculo ó en sus inmedia  
ciones.

Esto no obstante, algunos autores, y entre ellos M. de Saulcy, creen  
y afirman que el panteón de los reyes de Judá fué el renombrado Ko-  
bur-el-Moluk ó Kobur-es-Selathiu (sepulcros de los reyes ó sultanes),  
monumento fúnebre de extraordinaria magnificencia, que se encuentra  
en vasta excavación á unos setecientos setenta metros al Norte de la  
ciudad, saliendo por la puerta de Damasco y tomando el camino de  
Napusa. Siempre admirado y repetidas veces descrito, los trabajos de  
su desmonte y limpia que en el año de 1863 dirigió M. Saulcy, per-  
miten apreciarlo desde aquella fecha, si no por completo, con mayor  
conocimiento de sus detalles y de sus bellezas, y siguiendo á aquel au-  
tor, vamos á dar del mismo una idea tal como en el día se ofrece á  
los ojos del viajero.

Bájase al Kobur-el-Moluk por una escalera de veintiséis peldaños



A. Serriá, dib.

PANTEÓN DE LOS REYES

V. Labiella, Sc.

Salvador Ribas, Editor

labrados en la peña é interrumpidos por varios descansos; al llegar al postrer escalón hállase un portal que franquea el paso por recio y peñascoso muro, en cuyo espesor está abierta la escalera, y se entra en una especie de zaguán ó patio labrado verticalmente en la roca, el cual pudo ser en un principio una cantera; mide este patio veintisiete metros por cada lado y tiene seis de profundidad, siendo su suelo muy desigual y pedregoso por la acumulación de escombros que en él se ha ido formando. En el lado occidental ábrese ancho vestíbulo, que por desgracia ofrece visibles señales de los ultrajes que le han inferido el tiempo, los hombres y los terremotos, siendo de los últimos testimonio la profunda grieta que lo corta casi de arriba á bajo; sosteníanlo dos columnas, de las que sólo queda en su lugar parte del capitel de la derecha, y dos pilastras adheridas al peñascoso muro; mutilada guirnalda de hojas y frutos, esculpida con gran perfección y delicadeza, rodea el dintel de la puerta, cayendo por los lados en festones, y corre por la parte superior del arquitrabe hermoso friso con palmas, coronas, páteras y triglitos con un racimo de uvas en el centro, como emblema de la tierra prometida. Sobre el friso, también muy maltrecho, extiéndese un cornisamento que alcanza casi al nivel del terreno inmediato.

Transpuesto el umbral del vestíbulo, vese en la pared de la izquierda una puertecita, que se cerraría por medio de un gran disco de piedra, cuajado en circular ranura y se levantaría con el auxilio de una palanca; da ingreso en cuadrada antecámara, llena de tierra y escombros antes de 1863, y en ella encontró M. de Saulcy gran número de objetos de la época romana, monedas anteriores al asedio de Tito y urnas de distintas dimensiones con restos humanos incinerados, lo cual dió pie á aquel erudito para suponer haber dado con una de las fosas ó carneros, á los que serían arrojados durante el sitio los cadáveres de romanos y judíos. Pásase de esta antecámara á varias estancias sepulcrales por tres pequeñas aberturas, cerradas antes con puertas de piedra, en el día rotas ó desaparecidas, cuyos goznes y espigones estaban trabajados en la misma roca; son en número de nueve, y cuantos sepulcros contenían en nichos ú ornacinas, cobijadas por un arco abovedado, han sido hace tiempo violados, rotos en parte y en parte sustraídos. M. de Saulcy, en la fecha citada, descubrió otra sala de baja techumbre, inexplorada hasta aquel día, y en ella encontró un sarcófago intacto, provisto de su tapa, y colocado en fúnebre banco debajo de un arco ó bóveda. En la parte anterior del mismo léíase una inscripción semítica de dos líneas, y levantada la tapa, vióse un bien conservado esqueleto, que apoyaba la cabeza en una especie de almohada, formada en la misma